

California 1847. Setiembre 1847

Don D^o Rosario Guevara

Mi querido y apreciado hijo:

me alegro que estés en la universidad

en compañía de mi hermano

Habiéndome resuelto a ir a las minas de

principio a mi viaje al Ojo de Agua, y a

una goleta para el puerto de San

31 en la noche partí en tierra, solamente

de tres días estuve en el camino, y al cuar

to me encaminé a las minas de (Batistalado)

Placer del Pto. de los Americanos, al fin

de siete días de caminar a pie, por entre

terros, campos, y desiertos pedregosos, el

cuanto el cansancio de un viaje a uno, y se

hacía a lo largo del camino, para esp

rar allí su salud, y su bienestar, porque son

tantas las necesidades que se fatigan,

que se pasan, que muchos, y a veces

armamente mueren de sed, otros de hambre

por lo ardiente que es el sol, y en fin

otros se hinchan de agua a cabeza con una

ferida que hai que se llama yedra,

planta venenosa que se llama yedra,

o sea el yedra, o sea

dar junto a ella, basta para ponerse como un mormon

Quando llegué al placer, llegue de tal
manera que no podía ni levantarme de lo
maltratado del camino, al fin de dos ^{dias} después
emprendí mi trabajo, pero a medida que
trabajaba veía que las fuerzas me faltaban
no acostumbrado jamás, a tomar en mis
manos, barreta, pala, ni azadon, i tener
que cavar hasta la profundidad de tres o cua-
tro varas, para ir de dar con una especie
de piedra tápis o circa, en cuyas rendijas
se encuentra el oro, visto que en este pla-
cer, notaria no dar nada, me fui a otro, llama-
do El. Real de los Sonorenos; aqui no ardean
se a estar ni un dia, i me fui para la
quebrada novata, al Negar, un blanco o
americano, me dio una labor, i me puse a
trabajar estuve quince dias, el cual arcano
a sacar como 4 onzas oro en polvo, supe
que otro placer llamado Moquelamos estaba
muy bueno, abuelo notaria mas que cavar desde
una cuarta, hasta la profundidad de una
vara, eso si, que hai mucha mas agua por
ser un rio, trabajé un mes en compania
con un viejo Mexicano, llamado, Miguel

Trujillo, hombre muy amable, y de un
corazon franco y noble, al fin del mes deter-
mino el andar a otros lugares, y me rogo
que lo acompañase, y como el habia proce-
dido muy bien con miyo, determine acompañar-
lo, pero otro rio, llamado Tiquiala, alli no
hicimos mas que baxar, y los americanos
del Norte, o Yanquis como le llamamos, se
opusieron a nuestra entrada atajándonos el
paso, y no querremos dejar entrar, y en
virtud de que el numero de hombres que
mandaba era superior al de nosotros, no hubo
otro remedio mas que dar una media vuelta
y seguirnos para abajo de la corriente del rio
internándonos hacia las sierras para dar
unos placeres. Llamados Rio de las Mercedes,
distante del otro 4 leguas, tuvimos que por
fuerza dejar este placer, por que quando
llegamos al rio encontramos como 20 hombres
en ellos Franciscos, y Apaches, el cual
tam poco ni los Indios, ni los american-
os, le habian permitido la entrada, y teni-
an de retirada, y no hubo otro remedio
que irnos al rio de las Cataratas por que
ellos seguian el mismo camino, llegamos
y no hubo uno que se opusiera a nuestra

introducción.

Comenzamos a trabajar, y al fin de la semana entre los dos no sacamos una onza; ya aburrido, y cansado de trabajar determine el venirme para San Francisco, junto con el, sabíamos bien que ningún atracón los detendría, y de camino forzosamente tenemos que ir pasando por el placer Seco, cuando llegamos me dijo mi compañero que por que no trabajáramos siquiera un día para ver como quedaba nuestra suerte, trabajamos y sacamos media onza, al siguiente día, hasta concluir la semana, ya lo que iban cuatro días, me fue imposible el trabajar, por que me sentí enfermo; en primer lugar una especie de infirmitad; que todo el día me hacia rascar asta verme sangre, y en segundo lugar la dixenteria rubia y no remedio sino irme a Stockton a ver el medico, me reparte de ganancia con mi compañero, y me tocan 6 onzas fuera de los gastos; en una carrera me vine; al día que llegue fui a ver el medico, y por solo verme, y darme un remedio, pidió una onza, la dixenteria se cortó en cuanto en cuanto deje de tomar el agua de

Como los planes, pero los camaronos siempre me
siguian y determinaron irse a vivir a San
Francisco, porque todo mi trabajo de los
meses se lo estaban dando al momento, y
en la manutencion que me estaba
dando los diarios.

El veinte de agosto salí en tierra en
San Francisco, lo primero que hice fue ir
a ver mis bultos, el colchón y la silla
si estaban en la parte donde los había dejado
de solamente encontré los dos bultos malos
desarrapados, el colchón me estaba en la silla
de la habían llevado, solamente quedaban
las pistolas, de las que no quedaba
más que tres cuellas, y tres cuellas
y dos rebilletas y todo lo que tenía
dentro del secreto de la caja, que conte-
nían cartas y misetas. Leí del Carmen,
todo lo demás lo tiré con él, y no
quede con mas, sino con la casa por el lado,
pero primer movimiento fue naturalmente quien
había sido el del reloj, del alto no había ningún reser-
vado, porque el cuatro de Julio, (en la noche)
había un letan-
tamiento de parte de los americanos del Norte
en que comenzaron por querer ir a Chile,
nos, y no pudiendo conseguirlo se contentaron

con fuertes pedazo las carpas, disparando todo, el cual
hubieron muertos i heridos de ambas partes, i saque
car, de tal manera que muchos quedaron sin nada
i entonces fue cuando me tocó a mí, que me lleva
ron todo, pero en este entonces yo estaba en las mi
nas.

Al otro día del levantamiento, todos los comer
ciantes, en ellos los Chilenos, fueron a quejarse
al donde el Alcalde, sobre lo que abia habido, i a
ellos les respondió diciéndoles, que ni la vida de
el estaba segura, porque el día menor pensado
se la podian quitar, (como ya se sucedió con otros
Alcaldes) i que el no tenia gente armada
para hacerse respetar, i les dijo que lo mejor
que podian hacer era, que el americano que
les hiciera alguna cosa, que lo dieran sin
bulgar i asunto concluido.

Conseguieron también del Alcalde el poder
tomar a todos los que se habian armado para
ellos, i era una pandilla como de doscientos
i tantos americanos, la mayor parte marine
ros. Al fin de algunos días los tomaron casi
a todos, algunos se refugiaron en las misio
nes, i no pudieron dar con ellos, a los demás
los metieron a bordo de un navio americano
i los mandaron para Estados Unidos.